

ENTREVISTAS

Mis recuerdos sobre los padres fundadores de Acción Nacional

Entrevista a Juan José Hinojosa*
por Alberto Enríquez Perea**

Manuel Gómez Morín

Como siempre, en los encuentros hay alguien que invita y los cambios se cruzan. Un amigo mío me dijo, en enero de 1940, que don Manuel Gómez Morín se encontraba cerca de nosotros, en el local del Partido Acción Nacional. Yo tenía entonces 19 años. El Partido se fundó en septiembre de 1939. Ya había yo oído hablar de don Manuel. (Desde luego el juicio sobre don Manuel, como todo juicio, es diferente a los 18 años que en la madurez). Desde luego agradecí la invitación. En el local del PAN había una sesión normal, relativamente pequeña. Ahí lo conocí: pronunciaba un discurso.

En verdad don Manuel no pronunciaba discursos. Él platicaba. En aquella época, la época de la fundación del Partido, él insistía mucho en que la oratoria debería dejar de ser juego floral, refinamiento literario. El discurso debía convertirse en el pensamiento que toma carne en la política. Ya don Manuel era fiel a ese pensamiento. Su discurso no era juego floral para el refinamiento literario: el discurso de don Manuel era una conversación.

Don Manuel no levantaba la voz. Mantenía siempre un tono coloquial en el discurso. Su subrayado era siempre un subrayado de emoción. En todos sus discursos aleteaba siempre el discurso político, el nuevo discurso político de México. El acento fundamental era una gran emoción. Conversaba. Era el conversador que ponía toda el alma en la conversación.

Después leí en Azorín: hay que practicar el santo sacramento de la conversación. Y don Manuel, pues, en el discurso practicaba el santo sacramento de la conversación. Me cautivó. Fue un encuentro. Después él me regaló un libro que publicó Jus, *Aventuras de la vida*, de un jesuita alemán, Lipert.

Ese libro habla del amor, de la aventura del encuentro. En ese libro se señala que el cristianismo no se entendería sin el encuentro de Cristo y San Pablo. El camino a Damasco. De ahí salió el apóstol de la fe. El encuentro con don Manuel fue una aventura de mi vida que quedó para siempre grabada en el recuerdo. Yo recuerdo la primera vez que escuché a don Manuel y sus últimos discursos.

Después de 25 años del primer encuentro conservaba el mismo discurso, la misma emoción, el mismo amor entrañable a México, el mismo estilo. Pero lo más maravilloso, al recordar los últimos discursos de don Manuel, fue la misma fe.

Los primeros 25 años del PAN. En los cuales las victorias eran apenas accidentes. Muchas veces se cuestionaba la fe. Don Manuel, en sus últimos discursos, mantenía la misma fe. Don Manuel era de cierta manera muy teológico. Si tú analizas los discursos de don Manuel no encuentras discurso en el que no haya una referencia a la fe, a la esperanza y al amor. Las virtudes teológicas elevaban siempre sus discursos y sólo así puedes entender su perseverancia: tenía fe. Alentaba la esperanza y transmitía el amor. En su quehacer cotidiano platicar con don Manuel era una fiesta.

Don Manuel le dedicaba muchísimo tiempo al Partido Acción Nacional. Cuando yo fui por primera vez diputado federal habían transcurrido apenas ocho años de la fundación del Partido. Fui

* Periodista y diputado por el Partido Acción Nacional.

** Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencia Política.

diputado a los 27 años cuando para ser diputado se requerían 25 años. Jiménez Samperio, un priísta, y yo, nos disputábamos el mérito de haber sido en este siglo los diputados más jóvenes.

Quien me dio la lección parlamentaria (y además el parlamento lo gocé) fue don Manuel. Él me llamaba. Yo tenía 27 años. Yo soy autodidacta. Siempre tuve habilidad oratoria, pero claro, yo no tenía ni conocimiento ni lecturas. Había ya leído a los clásicos. Pero subirse a la tribuna de la Cámara era para mí aniquilante. Don Manuel me dedicaba tiempo, me ayudaba a hacer los discursos. Después, en las pláticas que tenía conmigo, me hacía una síntesis de otros partidos. Tenía cosas preciosas del liderazgo. Si él sabía que yo iba a pronunciar un discurso, calculaba muy bien el tiempo, y me llamaba a la Cámara para preguntarme cómo me había ido. Yo le decía: "Don Manuel, no me salió como yo hubiera querido". Y él me decía: "acuérdesse que no escribió usted el discurso".

Hacer una consulta sobre el tema político era recibir una conferencia de derecho público. Cuando tú conversabas con él, en su despacho, era igual que cuando lo oías decir un discurso. Nos dedicaba mucho tiempo para organizar y preparar el trabajo legislativo. Tal vez el inconveniente del trato con don Manuel puede ser el mismo inconveniente que de alguna manera en la vida nos da la aventura y la oportunidad de estar muy cerca de los grandes líderes: que después, cuando quieres hacer comparaciones, siempre sientes que hay una gran diferencia. Y sin embargo tú mismo te das una explicación: por eso él fue el fundador del Partido Acción Nacional y por eso conservó siempre esa adhesión apasionada y emocionada de las virtudes teológicas de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Yo creo que también ahí alentó el liderazgo. Hay que saber qué edad tenía don Manuel cuando escribió ese libro: 1915. Debió haber tenido como 21 años. Y ya tenía sabiduría. Ese estilo de 1915 es el mismo estilo de los 10 informes durante los 10 años de su presidencia en el Comité Ejecutivo Nacional del PAN. Es un libro esperanzador. Cada uno de sus capítulos va dejando abierta la puerta de la esperanza. Ya ahí la tesis de don Manuel es la de una gran fe en los mexicanos y en México.

Entre los temas que don Manuel tocaba en sus discursos estaba el de la redención. Hablaba siempre de la redención de la vida. Citaba una bellísima frase que corresponde a un libro muy bello que publicó también Jus y que se llama *Jesucristo* de un padre Ferdinand. Es casi una biografía de Cristo nutrida en la fuente única que quedó: los Evangelios.

En el capítulo de la *Anunciación* el autor ha-

bla de que para que la redención se consumara fue necesario que una niña de 15 años humildemente le dijera al enviado del señor: "Hágase en mí según tu palabra". Y habla del "hágase" en el sentido del Génesis. "Hágase" la tierra. El Génesis es un "hágase". Don Manuel hablaba de que para que la redención de México se consumara era preciso que los mexicanos pronunciáramos, con la misma humildad, con la misma emoción que hizo posible la redención, "hágase" en mí la redención de México. En el sentido de entrega, de rescate. Y en ese estilo que aletea en los poquísimos libros que escribió don Manuel hay siempre ese sentido apostólico y profético.

Una de las grandes pasiones de don Manuel fue el campo. En todos sus escritos siempre está el campo, cuando el problema del campo era demagogia, en la época de los cuarentas, también de los cincuentas. Quien se atreviera a cuestionar el reparto o los desasosiegos del reparto ejidal del general Cárdenas recibía la más fulminante de las excomuniones.

Don Manuel sostenía lo que todavía sigue siendo un desafío: hay que definir primero el problema de la tenencia de la tierra. Sólo cuando el campesino se sienta dueño de la tierra, seguro, tranquilo, sin la amenaza, sin las extorsiones, se podrá resolver el problema de la tierra. Por lo tanto, ni la fe, ni la esperanza, ni la caridad. Fue siempre igual. Fiel a sí mismo.

Ni en la conversación, ni en los libros de los pocos que publicó don Manuel nunca mencionó a don José Vasconcelos. Lo que sabemos los que estamos interesados en la historia de la Revolución Mexicana que, como la Revolución Francesa, todavía no termina y de la cual seguimos siendo protagonistas, es lo que Vasconcelos apunta en su autobiografía.

Don Manuel le pide a Vasconcelos que se quede en México, que funde un Partido. Le dice esto a Vasconcelos por su agudeza práctica; porque además en la personalidad de don Manuel todo era eficacia. Don Manuel fue un gran abogado. Era un abogado eficaz. Oficio que le interesaba, lo dominaba. Don Manuel le decía a Vasconcelos que el Gobierno seguía sus movimientos, que no convocara a la violencia, que fundara un *partido político permanente*. "Recoja usted la cosecha de su campaña y de su liderazgo", le decía don Manuel a Vasconcelos. "Usted —le hablaba de usted— fue capaz de convocar y de aglutinar lo más valioso de este país, que es su juventud. No la desperdicie".

Vasconcelos reconoce que no le hizo caso. Claro que no reconoce que don Manuel tenía la razón, porque Vasconcelos nunca aceptó que nadie tuviera razón contra sus razones. Era un modo

de ser. Lo que don Manuel le dijo a Vasconcelos fue un adelanto.

Vasconcelos fue el último que suscribe el último manifiesto, el último plan que convoca a la violencia en este país. El Plan de Guaymas es el último de los planes en que el candidato a la presidencia de la República convoca a la violencia. Vasconcelos el pacificador no encontró más camino que la violencia como solución al esfuerzo democratizador.

Yo desconozco si cuando Vasconcelos regresó del destierro tuvieron, don Manuel y él, alguna entrevista. Lo que sí recuerdo fue una inmensa ira de don Manuel cuando Vasconcelos, en la campaña de Ruíz Cortínez, publicó en los periódicos, mejor, le publicaron, su voto razonado. Vasconcelos dijo: "opto por Ruíz Cortínez". Era traicionar todo un pasado, lo que no tenía más explicación, tal vez, que una vejez que se adelantaba o viejos rencores que lo volcaban.

Don Manuel personalmente redacta media plana. En aquella época el PAN, para financiar la publicación de media plana en un periódico necesitaba que todos cooperáramos. Las finanzas del Partido Acción Nacional eran muy modestas. Y en esa media plana don Manuel enjuiciaba a Vasconcelos con una terrible severidad. En el estilo de don Manuel la severidad no descende al insulto. Pero Vasconcelos fue un genio. Lo que a Vasconcelos lo perdió fue no haber escuchado a don Manuel. Hubiéramos adelantado diez años.

Después de la fundación del Partido Acción Nacional surge esa polémica contaminada, mal intencionada, a veces rencorosa, normalmente demagógica, contra don Manuel funcionario. Antes que nada hay que entender la época. Don Manuel había sido Director de la Facultad de Leyes.

Miguel Estrada Iturbide tiene un precioso discurso en donde señala que don Manuel, Director de la Facultad de Derecho, se confundía con los muchachos porque no había diferencia de edad. Era un joven entre los muchachos. Fue llamado a servir a México. Aportó su talento. Fue el fundador de las instituciones de la economía. Fue él quien sugirió la creación del Banco Central, la emisión de la moneda a través del Banco Central.

Era subsecretario de Hacienda cuando creó el Banco Ejidal. Por lo tanto el juicio no es de tiempo ni siquiera de circunstancias. El juicio debe basarse en qué aportó don Manuel en su tránsito tan breve en el poder. Además creó la Ley de Instituciones de Crédito. Fue un adelantado de la modernidad. Tenía 26 o 27 años. Entonces debemos apagar rencores y demagogías. Y juzgar a don Manuel por la eficiencia mostrada durante un par de años que estuvo ahí.

Ya a los 27 años fue el primer presidente del Consejo del Banco de México. Fundador de la mo-

derinidad. Lo importante es subrayar como en todo sistema dictatorial, con ese maniqueísmo rencoroso o aldeano que divide a los hombres en buenos y malos, y sólo son buenos los que sirven a la dictadura y malos a los que se le oponen, el enorme desperdicio que la dictadura de partido único ha hecho de valores auténticos. En México los opositores sufrimos *apartheid*. Somos marginados. No se nos aprovecha por el solo hecho de ser opositores. Podríamos decir que la dictadura desperdició a un mexicano ilustre que pudo dar un jalón importantísimo a la vida nacional, a la política, a la economía, al destino mismo de México.

Don Roberto Cossío y Cossío fue el gran amigo de don Manuel. Hacían una pareja complementaria. Tenían dos perfiles humanos diferentes y al mismo tiempo eran complementarios. El estilo, el perfil humano de Cossío y Cossío era exactamente el contrario de don Manuel. Don Manuel era el equilibrio, la compresa de agua fría antes de lanzarse, mientras que don Roberto era la espontaneidad.

Platicaba don Roberto que un día salió a las nueve de la noche de la Universidad y vio que el rector, don Manuel Gómez Morín, estaba supervisando a unos albañiles que estaban haciendo un colado. ¡A las nueve de la noche el rector se asomaba para ver cómo iba ese colado!. A todo lo que don Manuel hizo le puso pasión.

Yo creo que nadie vio con más claridad la autonomía de la Universidad que don Manuel. sometimiento económico y autonomía no se llevan. Además, aplicó a la Universidad todo su pensamiento. No era un improvisado. Venía de la Facultad de Derecho. Hizo del lema *Austeridad y Trabajo* no sólo un bello lema sino una forma de vida. La Universidad, con don Manuel, fue austeridad y fue trabajo. Y eficacia. Realmente la inteligencia que normalmente se divorcia del político de oposición jamás se divorció del rector de la Universidad. Nadie ha cuestionado a don Manuel rector. Tal vez fue de consenso de lo que más gozó don Manuel rector.

Don Manuel, cuando hablaba de la democracia, lo hacía con la visión del maestro de derecho público. Le gustaba repetir: "la ley asciende; la democracia asciende; recoge la vocación de un pueblo". Él insistía mucho en la vocación democrática de México. Usaba mucho en sus discursos y en sus escritos, y lo transmitía a quienes escribíamos en *La Nación*, la frase del Cid: qué gran pueblo si hubiera un gran señor.

Don Manuel rechazaba el engaño, iniciado con Porfirio Díaz, de que el pueblo de México no estaba preparado para la democracia. Don Manuel jamás puso en duda que el pueblo de México estuviera preparado para la democracia.

Su pasión por las tres virtudes teológicas la comunicaba en su concepción de la democracia. No hablaba de un pueblo que ha traicionado a la democracia; hablaba de dictaduras que traicionaron el pueblo y la democracia. Al hablar de la democracia vuelvo a una de sus aristas esenciales, la eficacia.

Don Manuel decía que no se puede invocar fraude si no se tienen cubiertas las casillas con los representantes que la ley señala. Su gran pasión era la organización. La democracia no se puede quedar en el libro; no se puede quedar en el discurso, en la interpretación o en la investigación: hay que darle forma. El gran sentido profético de don Manuel era que él decía que había pueblo para la democracia. Esa era su gran idea. Su fe inquebrantable. Había pueblo para la democracia.

Efraín González Luna

Mi primer encuentro con don Efraín, ya militando ambos en Acción Nacional, fue como el que tuve con don Manuel: mediante un discurso. Pero mi trato con don Efraín fue distinto al de don Manuel. Simplemente porque don Efraín vivía en Guadalajara y por lo tanto la coincidencia entre los dos era más esporádica.

El trato más cercano que tuve con don Efraín fue en su campaña a la presidencia de la República. De los casi ocho meses que duró la campaña presidencial probablemente yo lo acompañé, a través de toda la *República* durante seis meses.

El perfil de don Efraín era tal vez excepcionalmente contrastado con el de don Manuel. Era una figura señera. Se le veía, inclusive, más alto de lo que era. Un amigo de don Efraín decía que tanto en su vida personal, como en su pensamiento, como en su acción, no daba zancadas, sólo daba pasos. Ni en el modo de caminar, ni en su actuación, ni en su pensamiento, había saltos o sobresaltos. Era siempre el mismo. Siempre con el mismo equilibrio, la misma profundidad.

Su discurso era exactamente, en cuanto al estilo, contrario al de don Manuel. El de don Efraín era señero; subrayaba con una palabra vigorosa la profundidad de su pensamiento. No obstante, el discurso de don Efraín era, como el de don Manuel, teológico.

En don Efraín su fe religiosa fue excepcional. Fue un hombre de intensa militancia en la fe. Su vida interior tenía toda la riqueza de esa militancia, de esa fe. Pero su presencia en el PAN, en la fundación del Partido, fue básica. Acuñó la frase de que el esfuerzo de Acción Nacional era "breve de eternidad". Esta frase nos sirvió a los cientos de panistas para nutrir nuestra mística y huir de la frustración.

La frase, además, nos alentaba la esperanza en la victoria. En ocasiones nos la citábamos para curarnos de la terrible frustración de la derrota. De la derrota en los dos aspectos. A veces convocábamos a la ciudadanía a votar y no respondía a nuestro llamado. Y sabíamos que la elección, al fin de cuentas, ni se había ganado ni se había perdido. Si se había perdido era porque no habíamos sido capaces de convocar para que la gente nos siguiera, para que el ciudadano entendiera que debería votar copiosamente. Pero había la otra cara: la frustración de saber que habíamos ganado y de sentir en carne viva el fraude, el relleno de las ánforas, el padrón adulterado. Nuestros representantes eran a veces expulsados y ni siquiera llegábamos al final del día para obtener la copia del acta.

Uno de los temas más recurrentes en el discurso de don Efraín era el de la reconciliación entre la nación y el Estado. Sabía darle al pensamiento una fuerza excepcional. Era un orador de excepción. Nos contaba don Efraín que para él lo más difícil en la militancia del PAN, sobre todo en sus inicios, era *decir* un discurso, pues estaba acostumbrado a leerlo. Cuando aceptó su candidatura a la presidencia de la república renunció a un estilo de vida, a un modo de ser y por eso decía que lo único que extrañaba era su biblioteca.

Don Efraín se apartaba totalmente del viejo discurso político mexicano mentiroso, para ir directamente, al pensamiento, a lo trascendente. El pueblo entendió. Don Efraín nos decía:

yo pensé que en esta campaña presidencial íbamos a tener una respuesta muy desmayada, muy tibia por parte de la ciudadanía. Y estos mítines tan nutridos, y, sobre todo, tan alegres, fueron una sorpresa.

Y fue una gran sorpresa que en la primera campaña en la que el PAN participó con candidato a la presidencia obtuviera el 9% de los votos. Para quienes aseguraban que don Efraín no llegaba al pueblo, la mejor demostración de lo contrario fue que en la primera campaña presidencial de un partido de oposición se obtuviera el 9% de los votos.

El legado de don Efraín fue su pensamiento. Todavía hoy tiene plena vigencia. Es lo único que puede vacunar contra la posible frivolidad en la militancia. Hoy el PAN es una fuerza electoral. Es evidente que el pensamiento de don Efraín sigue siendo tan actual y tan necesario para nutrir la militancia: la militancia más allá de la política entendida como oficio de oportunidad, para cambiarla por la política entendida como uno de los deberes más importantes del ciudadano. Don Efraín ofreció el pensamiento al que hoy el PAN debería volver todos los días.

Don Efraín y don Manuel formaron la pareja

ideal. Fíjate que en la vida, en la historia, la pareja es muy importante. Ellos hicieron la pareja exacta. Se complementaban. Nunca hubo entre ellos una discrepancia. Siempre encontraban, con excepcional facilidad, la coincidencia. Esta pareja dió enorme fertilidad a los años primeros de Acción Nacional. Tú platicabas con don Efraín y platicabas con don Manuel y percibías que eran dos personalidades, dos perfiles humanos completamente diferentes. Y sin embargo en el denominador común de valores eran idénticos. En esta contradicción, en este contraste, radicó el esfuerzo de los dos.

El pensamiento de don Efraín no era monotématico, aunque al mismo tiempo se podía encontrar el denominador común de su pensamiento. Sólo en los valores del espíritu puede vivir el hombre. Era hombre y escenario. Si don Efraín sólo se hubiera quedado hablando del hombre en su discurso, su pensamiento estaría multilado. No. Era el hombre portador de todos los valores, de las aspiraciones, de las esperanzas, de los sueños. El hombre como protagonista. Pero le daba al hombre el escenario para construir su felicidad. Era el hombre siempre sujeto de derechos.

En el pensamiento de don Efraín siempre hay equilibrio. Derecho y obligación. Era la concepción integral. Era el hombre con sus responsabilidades. Su discurso era del hombre en la tierra donde nació. El hombre frente a la patria, el hombre frente a la nación, el hombre frente al Estado. Era el concepto ecuménico, universal. No el hombre aislado.

La democracia en México, el tránsito de la democracia en México, tiene que darse desde el municipio. En el municipio es más fácil que el PRI aprenda a perder y la oposición aprenda a gobernar. El discurso de don Efraín acerca del municipio nutre esta idea. El municipio en México se ha transformado en caciquismo; pero también es escuela de ciudadanía. Tanto don Manuel como don Efraín buscaban la democracia desde abajo. El municipio es la suma de los hogares. El caserío es el que determina el municipio. Entonces la relación política ahí se aprende. Aprendes a respetar a la autoridad. Aprendes a rechazar el despotismo. Aprendes a vivir en libertad. Aprendes a pagar la multa que al fin y al cabo es la sanción consagrada en el derecho. Si violas el bando municipal te aplican una multa. Aprendes a ir al registro civil que es el que te incorpora a la vida ciudadana.

Nunca creí que el vuelco se fuera a dar en una gubernatura. Siempre pensé que se iba a dar en la multiplicación de los municipios en manos de la oposición. Y sigo pensando que esto es más consistente porque es la escuela de la ciudadanía. Ya se ve con naturalidad el plural. Ganó la oposición;

perdió el PRI. En el municipio disimular el fraude es imposible. El respeto al voto es la mejor lección de civismo que puede recibir el votante. En la medida que se multipliquen los municipios y reciban al Presidente como institución, la relación entre el máximo poder y el poder municipal se vuelve plural.

El día en que los dos mil y pico o tres mil municipios que hay en la República estuvieran en manos de la oposición estaríamos dando un paso esencial al tránsito de la dictadura a la democracia. Aquí gana el que gana y pierde el que pierde y el que gana gobierna para todos. Ya de ahí saltar a una gubernatura es mucho más sencillo porque en los municipios los ciudadanos aprendieron a ser ciudadanos.

El pensamiento de don Efraín fue un pensamiento humanista. Desde luego que su afirmación de que la razón de ser del PAN es el hombre, confirma su pensamiento, su convicción y su vida misma. Hombre y libertad marchan paralelos. No se puede concebir al hombre sometido, esclavo. Al hombre sólo se le puede concebir en la plenitud de la libertad. El Estado totalitario somete al hombre, lo aniquila. El Estado democrático le brinda siempre la oportunidad de la opción, de la elección.

En la idea de los fundadores de Acción Nacional, de su pensamiento, el hombre es el centro de gravitación, la tarea, el quehacer, la proyección. El hombre en libertad. El hombre como protagonista no sólo de su vida personal sino de la edificación de la patria.

Sobre la patria, don Efraín tiene una frase bellísima: *es la vieja casona de los padres en trance perpetuo de edificación*. Si volvemos al hombre y hay libertad, todos los días estaremos edificando la patria, la casa de los padres, la vieja casona de los padres. De ahí que el humanismo político de don Efraín sea la concepción del Estado en la perspectiva occidental, y no del Estado que aniquila, sino del Estado que se somete al hombre para crearle un escenario en el cual pueda realizarse personalmente y al mismo tiempo contribuir al destino de la casa de los padres.

En realidad la historia no se congela. Una historia congelada lleva a una visión congelada. Siempre ha estado de moda en México, de moda política, estas divisiones que al fin de cuentas se reducen a un maniqueísmo infantil, de aldea, de quiosco, entre conservadores y liberales.

Pero estos conceptos no tienen ya nada que ver con el pensamiento. Ni la historia, ni el mundo, ni el hombre en su conjunto son lo mismo. Don Manuel y don Efraín construyeron la modernidad. Ellos son los precursores de la modernidad soportada en el pensamiento del hombre del que tanto hemos hablado.

En política es la urgencia del partido político. Del partido político no como agrupación occidental, en torno a una coyuntura o a un caudillo, sino el partido político permanente que agrupe a los hombres en torno a un ideal común, a un cuerpo de doctrina, a una concepción de la vida.

No podemos seguir hablando de izquierdas y derechas. Tendremos que hablar del aquí y del ahora de partidos políticos. Lo que en 1939 parecía excepcional, es decir, hablar de panistas, hoy es una realidad. Hay que hablar de panistas, perremistas (en 1939), priístas. Es el lenguaje común, en los países auténticamente democráticos: hablar de los demócratas cristianos y los socialistas de la Alemania occidental; del Partido Socialista Obrero Español de Felipe González y la derecha un tanto pulverizada entre Fraga y Suárez; en España; de los comunistas de Italia, que aún conservan la etiqueta de comunistas cuando en realidad ya transitaban al socialismo, de los demócratas cristianos y de la multiplicidad de partidos que han vuelto tan frágil el Estado italiano; de los socialistas, los comunistas y la derecha de Mitterrand, de Marchais, de Giscard y de Chirac.

Don Manuel y don Efraín, los fundadores del Partido Acción Nacional, simplemente buscaron que el partido político que este año celebra medio siglo, fuera partido político permanente. Lo importante es que hoy lo normal es hablar de panistas, priístas y perredistas. Y no de izquierdas o derechas.

Los viejos militantes del Partido Comunista, los del socialismo radical, durante mucho tiempo se resistieron a la idea de la búsqueda del poder a través del partido político. Censuraban al PAN, su búsqueda del poder a través del partido político, en consecuencia, del voto. Estaban los comunistas contaminados por el marxismo leninismo, por el materialismo histórico y todos los dogmas que preconizaban que el poder se conquista por la violencia.

Entonces, la gran aportación de los fundadores de Acción Nacional fue la del partido político permanente que aniquila para siempre las etiquetas, para dejar una sola, la sólida perseverancia en la militancia de un partido político permanente que se incorpora a la vida misma y que difícilmente se abandona. La militancia sólo se abandona con la muerte. Los fundadores del PAN se murieron siendo panistas. Entonces, más allá de conservadores o reaccionarios, lo importante era entonces, y hoy, el partido que permanece en el tiempo.

La característica del político del PAN no es sólo la honradez ni reduce los mandamientos de la ley de Dios a uno: "no hurtarás". Es la honestidad total del hombre. Es la prédica de la moral. La honestidad en la militancia. Es el sentido apostó-

lico con el ejercicio del deber político. El político del PAN incorporó la política a la moral sin rigideces y sin escándalos. No era una moral cualquiera la que se predicaba en política sino el hombre en todo su claroscuro.

Pero esta honestidad, esta moral política soportaba la mística partidaria, el pensamiento doctrinario, la capacidad para asimilar la derrota, y, sobre todo, la decisión de transitar de la dictadura en todos sus matices a la democracia.

Pero el político del PAN iba mucho más lejos: tenía una moral que era una convocatoria y un desafío al quehacer cotidiano. Al fin de cuentas era el deseo de ser bueno pero en la humildad, en la aceptación, en el deseo presente siempre de rectificar. Esa era la moral de aquellos primeros panistas contra aquellos perremistas.

También aquí había el concepto occidental de partido político que obliga a sus militantes a someter el quehacer político a la moral política. Escándalos partidarios los hay y los ha habido. Hoy, por ejemplo, Japón paga muy caro un escándalo. El viejo partido autoritario, con veintitantos años en el poder, se encontraba entre la corrupción del dinero y del sexo, mucho más grave la primera que la segunda.

Tradicionalmente, desde la Constitución de Apatzingán, pasando por las de 1824 y de 1857 hasta la de 1917, se conserva el diseño de un país democrático. Todo el poder reside en el pueblo. El Constituyente de 1917 cuidó mucho que el articulado de nuestra Constitución tuviera exactamente el mismo número de artículos que la del 57 ratificando que todo poder reside en el pueblo.

El pueblo delega el poder mediante el voto. Sólo vuelve a cuestionar en cuanto el elegido se desvía y se aparta del programa que dijo iba a cumplir. Si sucede eso en la siguiente elección el pueblo lo ratifica o lo rectifica.

Hoy existe el prodigio de la alternancia. No se puede hablar de democracia si no se habla del voto libre y de su respeto. En el voto libre y respetado se da el respeto a la libertad a elegir. Don Manuel y don Efraín rescatan para el hombre la libertad, incorporan al lenguaje político el concepto de la soberanía del pueblo. El pueblo soberano que elige. Y otra vez, la libertad. Elegir es consecuencia de la libertad. Cada votante es un hombre en pleno ejercicio de la libertad, de su libertad. En secreto elige y vota por el partido que le guste. Vota y elige en ejercicio de su libertad. No puede haber democracia si no hay voto. No puede haber voto libre y respetado si no hay partidos permanentes. Toda una relación.

En la medida que se fortalece la familia se fortalece la sociedad. La familia como célula de la sociedad. Fíjate como en los principios de la doctri-

na de Acción Nacional primero está la persona humana, es decir, el hombre; después, la familia; después, el municipio; después, la nación.

Así como don Manuel y don Efraín insistieron sobre el municipio, asimismo insistieron sobre la familia, ese concepto celular, célula limpia, blanca, la familia como célula de la sociedad, como fortaleza de la sociedad. Si la familia se debilita el cuerpo social se debilita. Esta es la maravilla de estos dos políticos y pensadores que con tanta audacia hablaron de los valores de la familia.

Hoy que soplan vientos de modernidad ya se empieza a hablar de la familia; inclusive en las construcciones aldeanas del partido del gobierno, pues éste ha creado la figura de la primera dama en la que ha habido todos los ejemplos. A mí me impactó López Portillo en su último informe de gobierno. Todos los alardes enloquecidos de su última hora sobre el valor de su familia. Después escribió en sus *Memorias* que estaba desintegrada su familia desde que él cumplió los cuarenta años y lo atrapó "el demonio del mediodía".

Entonces, este concepto, no de *mi* familia, sino de la familia como célula de la sociedad, fue en su tiempo archisimbólico de la audacia de estos dos varones que se enfrentaron como principio a la verdad.

El hombre no puede tener un voto fortuito. El hombre en el sindicato busca y elige por la justicia en libertad. Don Manuel y don Efraín no hablaban de la liquidación del sindicalismo sino del fortalecimiento de un sindicato no sometido al partido político que atentaba contra la dignidad del agremiado.

En la medida que se fortalece el consenso del hombre se fortalece el consenso del sindicato. Es la agrupación de hombres, y no la de votantes potenciales subordinados al partido político, lo importante, porque es inmoral el sometimiento del trabajador a la dictadura. La razón de ser del sindicato es la defensa del interés comunal.

En esto poco se ha avanzado; el sindicalismo mexicano sigue siendo sindicalismo corrupto porque lo que importa es el palenque de las curules y de las gubernaturas. Tal vez el deterioro mayor del sindicalismo político se manifestó en la elección presidencial de 1988, cuando los gremios ofrecían los millones de dólares. Pero el hombre se rebeló y rescató su dignidad. Votó como hombre y no como trabajador sometido al partido de Estado.

México, D.F., Izúcar de Matamoros, Pue., Septiembre de 1989.

